

parecía contenta y escuchaba distraída las frases de sus compañeras que la envidiaban.

Entró una visita. Era una muchacha también maestra a quien en días pasados extrajeran en el Hospital un tumor. En ese salón había sido atendida y así se hallaba como en su casa. Era una de esas criaturas de edad indefinible, de piel terrosa, muy fea y vestida con su traje de dominguear, pasado de moda. Saludó a las antiguas conocidas, hizo carantoñas a la hermana y se puso a hablar con delectación de su tumor.

¿Albina no había visto aún su tumor? Los médicos lo guardaron en alcohol. Era del tamaño de una toronja. Juana e Inés sí lo conocían. Inés lo vió dos veces. Y miró a Juana y a Inés complacida, deteniendo sus miradas en Inés como si el haberlo tenido esta mujer ante los ojos más veces fuera una gran prueba de cariño hacia ella. Luego añadió con una alegría casi infantil que ella lo había visto ya cinco veces.

Escuchándola, Albina sentíase más desolada.

La madre entró arrastrando los pies. Albina se despidió y salió de la sala apoyada en la anciana que suspiraba su: «¡Ay Jesús mío!»

Era una mañana radiante, con un cielo muy azul. Los jardines del hospital estaban llenos de flores y sobre ellos, como chispas vibrantes, zumbaban enjambres de abejas amarillas. Los corredores estaban poblados de enfermos, cuya miseria física parecía más triste en aquella brillante mañana.

Cuando llegó a la puerta, Albina vió la gran plaza llena de chiquillos que jugaban. La visión del camino que iba a emprender, la visión de su vida futura, tan semejante a la ahumada salita de su casa alumbrada por las noches con aquella lamparilla de luz amarillenta, queapestaba a canfin y dejaba los rincones metidos en la sombra que su pobre madre aprovechaba para cabecear y lanzar sus dolientes ¡Ay Jesús mío!, se apareció en su imaginación. Las rodillas le flaquearon y se dejó caer en la grada mientras murmuraba con su voz sin esperanzas: «¿Para qué?»

CARMEN LIRA

Francia

*¡Francia, patria mía! ¿Por qué la suerte
sacude airada tu penacho erguido?
¿Por qué, dime, consiente que la muerte
esté segando tu vergel florido
con esa saña con que ataca el fuerte;
y permite ¡injusticia! que el bandido,
de camino al pináculo apostado,
tu carroza triunfal haya asaltado?*

*¿Es que quiere exaltar tu fortaleza,
sin razón discutida y calumniada,
disponiendo perezca la vileza
bajo el filo cortante de tu espada,
y se apresta a ceñir a tu cabeza
la diadema que tiene preparada
a la reina gentil de las naciones
cuando no haya asesinos ni ladrones?*

*¡Francia, patria mía! que yo te vea
pronto, muy pronto disipar tu duelo;
empuñar la bandera de la Idea
con el brazo potente de tu anhelo*